

Juan Cruz Cruz, *Fichte. La subjetividad como manifestación del absoluto*. Pamplona: Eunsa, 2003. 348 p.

El Dr. Juan Cruz Cruz ya nos había presentado en lengua española a Johann G. Fichte con su traducción del *Fundamento de toda la Doctrina de la ciencia /1794*, y luego *La Doctrina de la Ciencia /1804*¹. Ahora nos presenta una obra que abarca toda la amplitud del pensamiento fichteano, desde la óptica de la **subjetividad** y con el siguiente método: cada tema es presentado desde el texto mismo de Fichte y es comentado en diálogo con la bibliografía más destacada -tanto antigua como contemporánea- que sobre el tema en cuestión se ha escrito. En cuanto a las fuentes, éstas son presentadas siguiendo la fecha de composición, lo cual nos permite alcanzar una visión de la evolución del mismo Fichte frente a un tema. Esto es muy importante dado que, como varias veces Cruz Cruz lo señala, Fichte ha variado su postura y repensado cada uno de sus temas en diálogo permanente con otros filósofos, políticos o nuevas situaciones históricas, etc. (Cfr. pp. 18-24)

El libro está dividido en tres partes. La primera, titulada "Subjetividad y objetividad", tiene como tema eje el saber. La segunda parte, "Subjetividad y absolutidad", aborda la relación con Dios y su manifestación. "Subjetividad e intersubjetividad" es el título de la última parte, donde se estudia lo jurídico, lo político y lo moral en su manifestación histórica. En este sentido, la obra interesa a los "técnicos de la filosofía" pero también a los estudiosos de las teorías del Estado, de la religión, de la filosofía de la historia, como también a aquellos que se quieran interesar en la visión de la mujer en un autor moderno.

En la Introducción, Cruz Cruz aclara los diferentes sentidos de subjetividad, tanto en la historia como en Fichte. Lo propio de esta subjetividad es el "poner, producir y configurar", actividad total del ser humano que, empero, se mantiene inconcebible y alejada de todo nombre (15).

I. "Subjetividad y objetividad"

Esta parte tiene como primer tema *la génesis del saber* donde, siguiendo el enfoque kantiano, Fichte presenta una filosofía trascendental, pero busca

¹ Buenos Aires: Aguilar, 1975.

superar la mera yuxtaposición de las dos Críticas, lo que realiza unificando el principio transcendental con el principio de la libertad (53) puesto que, como él mismo lo afirma, “mi sistema es el primer sistema de la libertad” (22). La intención de Fichte es, entonces, lograr la unidad de la multiplicidad (44) desde un punto de vista transcendental siguiendo, a diferencia de Kant, un método genético (49), que sea expresión de la verdad. Para ello evoluciona desde una intelección del yo hasta tratar la génesis misma de la verdad (50), donde “el quicio sobre el que se apoya toda afirmación es la autoconciencia moral del querer” (58).

El segundo tema que aborda son *los hechos de conciencia*. El tema es -siguiendo la Doctrina de la Ciencia-, en primer lugar, constatar los hechos de conciencia percibidos por el sentido interno para luego captar el fundamento de ese saber (67-68). Este fundamento aparece como intuición intelectual, “visión que el sujeto tiene de sí mismo en la ejecución del acto por el que nace el yo”² (80) cuya forma interna tiene el ser de la libertad (75). De este modo, el yo es percibido como principio o fundamento, como punto fontal de actividad infinita surgida por propia libertad (78). Por eso Fichte concibe a la razón como únicamente práctica (84), por eso su filosofía puede ser llamada una historia pragmática del espíritu humano (90). Seguidamente, Cruz Cruz se pregunta, junto con otros intérpretes de Fichte, dónde radica la unidad de la filosofía fichteana. Para él hay un progreso conforme al intento de buscar un primer principio absolutamente incondicionado. El primer Fichte lo pone en el yo, podríamos decir la autoconciencia en la inmanencia, para luego, en 1804, la autoconciencia como aparición del absoluto (93). Podemos decir, entonces, que la metafísica de Fichte tiene dos vertientes. En el período de Jena el movimiento es ir del saber a los objetos; en el período de Berlín, es ir del saber al ser absoluto: “movimiento horizontal y vertical de un mismo desarrollo, anclado en el yo, en la apercepción transcendental horadada por la conciencia de libertad” (96-97).

Un tercer tema cierra esta primera parte: *principios y categorías*. “El principio supremo, el supuesto de todo saber, es el que expresa la yoidad (Ichheit), el actuar absoluto en el cual el sujeto consiste, la autogénesis³: su

² A diferencia de Schelling, para éste la intuición intelectual es conocimiento del absoluto, para Fichte, en cambio, es transparencia del espíritu a sí mismo (cfr. 90).

³ *Autogénesis* es la traducción que propone Cruz Cruz al término fichteano *Thathandlung*.

ser es poner” (104). De este modo, el yo se pone a sí mismo (primer principio). Pero luego a este yo se le opone un no yo (108). Surge así, junto al principio lógico de identidad, el principio, también lógico, de contradicción. Esta oposición es necesaria porque solamente por medio de su opuesto es captable el yo (108). Pero este oponer no es deducido del poner, dado que el oponer es una acción tan primitiva como el poner (109). El tercer principio que propone Fichte es la limitación. La limitación es una nueva acción autónoma necesaria para explicar cómo el yo absolutamente puesto puede a la vez no ser puesto (112). En este sentido vemos que el no yo se opone al yo cuando el yo no se pone a sí mismo por propia acción (113) “El yo opone en el yo, al yo divisible, un no yo divisible”(111). Y cuando surge el saber y la convicción, el yo se libera del no yo (113). Fundamenta aquí Fichte el principio lógico de razón suficiente. Y sobre él se basa tanto el fundamento del saber teórico como el fundamento de la ciencia de lo práctico (118). Después de haber presentado los principios, la obra trata de las categorías, entendidas “como modos de convertir lo simple en múltiple” (123).

Concluye esta primera parte la consideración de que la subjetividad en Fichte no es un volverse sobre sí mismo alejándose de los demás, sino que debe comparecer y realizarse por medio distinto de ella misma (129). Por eso el saber necesita de un amparo para no perder su consistencia; tras haberse absorbido en él la realidad de las cosas, hay que recurrir a una realidad absoluta que lo apoye (137): de ahí la necesidad de plantear la relación entre subjetividad y absoluto.

II. “Subjetividad y absolutidad”

El tema con que se inicia esta parte trata del *Ser y la Existencia*. En la Doctrina de la Ciencia de 1804 se articulan dos temas: el acceso al principio absoluto y la exposición del sistema de la manifestación de ese absoluto (139), dado que el absoluto nunca puede ser objeto del saber, sino que el saber es manifestación, exhibición del ser absoluto (139). Así, la existencia de Dios ni es fundamento (Grund) ni causa (Ursache) sino el saber mismo.(146) El saber absoluto, encerrado en sí mismo, tiene una relación de imagen con el absoluto, y en explicarla estriba la marcha de la Doctrina de la Ciencia (148). El no ser del saber no es un concepto negativo en tanto que negación de la inadecuada forma del yo, es la posición del ser absoluto(151). Pero debemos recordar que Fichte no acepta la solución de un idealismo –ni

entendido de modo objetivo, ni subjetivo- sino que propone una solución desde el idealismo transcendental (154).

El tema siguiente es el *acceso al absoluto*. Aquí Fichte estudia el hecho religioso cristiano, leído desde una perspectiva tardo ilustrada (157), distinguiendo primero entre una fe religiosa y una fe eclesíástica, es decir una fe basada en el culto y otra basada en la razón (160); como también distinguía entre la Iglesia de Juan y la Iglesia de Pablo, esta última que oscurece lo propiamente cristiano frente al judaísmo (167). Pero además de estas distinciones, Fichte niega la posibilidad de hablar del ser de Dios, dado que entonces éste tendría que ser objetivo y por lo tanto sensible (168). Además, “lo verdaderamente real estriba en el ámbito práctico de lo captado mediante la tendencia y el anhelo: no es jamás lo pensado sino lo creído o sentido” (169). De modo que Dios no es una substancia, porque haría imposible la libertad real (169). Aunque dicha fe o anhelo no es irracional sino que está anclada en el deber ser. (170) ¿Qué carácter fundamental tiene este absoluto? Dadas las críticas de Jacobi, Fichte señala que ese carácter es la vida, aunque oculta, mientras que en el saber se da como abierta, y en el mundo, como limitada.(180).

Cierra esta parte con el tema de *La presencia del absoluto*. Aparece aquí la figura del genio -superando la mirada kantiana sobre el tema-, entendido como individuo capaz de mostrar los aspectos profundos del absoluto(187). Espontaneidad espiritual, libre, que se desliga de los impulsos externos e internos (192) y que lleva a la autoactividad. Es interesante plantear aquí los diferentes tipos de impulsos: el cognoscitivo, que se satisface; el práctico, que nunca se satisface; y el estético, que considera a la representación en sí misma y es la función originaria del yo(199). Aprovecha Cruz Cruz para matizar esa interpretación que ve en Fichte a un mero filósofo de la acción, puesto que el genio creador implica una tendencia a la interioridad pura (210).

III. “Subjetividad e intersubjetividad”

Abre esta última parte el capítulo dedicado a la *Intersubjetividad lograda*. ¿Por qué es importante la intersubjetividad? El último Fichte ve en la existencia, es decir en el género humano, la manifestación o exposición del ser absoluto (215). Leemos cómo el primer momento de la subjetividad aparece en lo jurídico, que se manifiesta en el matrimonio y en el Estado. En el segundo momento desaparece el estado y es el reino de los fines (217), donde la Humanidad se impone a lo sensible. En el tema del matrimonio

es interesante ver la distinción que Fichte plantea entre el amor, propio de lo femenino, y la magnanimidad, propio de lo masculino. Con respecto al Estado, éste es presentado por Cruz Cruz siguiendo la evolución que Fichte ha llevado en su pensar y aclarando que no hay una oposición entre Estado y moral, sino que éste es extramoral (247). En un primer momento el Estado responde a un valor jurídico (249), pasando luego a tener importancia la economía (251); en tercer lugar el Estado responde a un valor cultural (253), siguiendo luego el valor nacional (255) y el valor educativo (258), para terminar con el valor religioso, hablando del reino nacional y la germanidad (260).

Sigue el tema de *la conciencia histórica*: El eje de este capítulo es el papel del individuo. En primer lugar, leemos que la historia es la realización de la libertad como manifestación del absoluto, de modo que el imperativo del deber se manifiesta en la vida real no de un modo general sino de una determinación concreta (270). Así, en el mismo acto en que el individuo capta la “vida una” intuye también, concomitantemente, a los individuos iguales a él (275). Pero mientras el individuo empírico es igual a otro individuo; el individuo espiritual como miembro de una comunidad representa un destino distinto para cada uno (276-277). Cierra estas consideraciones una exposición de las diferentes edades por las que pasa la historia, a saber: la edad de inocencia, la edad de la autoridad, la de la ilustración (para Fichte esta es la que corresponde a su momento y es pintada con grises trazos; plenas de esperanza se presentan las edades futuras: edad de la ciencia racional, a la que sigue y culmina la edad del arte racional, en la cual se dará un ejercicio perfecto de la libertad) (282-285).

El último tema es el correspondiente a *Muerte y supervivencia*. Aquí Cruz Cruz nos invita a seguir la discusión que Fichte tuvo con sus predecesores: Spinoza, Kant, Lessing, Mendelssohn, y culmina presentado a la filosofía como una *meditatio mortis*, dado que el tema de la muerte no debe ser planteado a nivel crítico-metafísico (295) sino propiamente ético (298).

Culmina el libro con un epílogo donde se señala que “la filosofía de Fichte es indudablemente una filosofía de la subjetividad” (317) pero que abre a una filosofía de la intersubjetividad, que supone una comunidad fundamental captable por intelección racional (317), lo que muestra toda la riqueza del pensamiento fichteano. Concluye el autor invitando a confrontarlo desde una perspectiva de realismo clásico tanto desde un punto de vista gnoseológico y metafísico (319-325), para luego hacerlo desde el punto sociopolítico (326-331).

Hasta aquí nuestra reseña. La dificultad del pensamiento de Fichte es proverbial. Por eso celebramos toda obra que nos ayude a comprenderlo con mayor fidelidad y, si como enseña Fichte, “aquellos bienhechores de la humanidad... trabajaron para mí, yo soy una parte de la cosecha de aquellos sembradores” (311). Tenemos que agradecer a todo aquel que siembra: nuestra tarea será, ahora, cosechar.

Pablo Etchebehere
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino